



FOTO DE INVIERNO CON VENTANA ABIERTA

Acabo de ver a mi hermano en una cinta muy antigua can
tando unas canciones mientras tiraba del cajón tan desorde
nado del escritorio en que guardaba siempre aquellas que
ampulosamente eran denominadas "mis pertenencias" no por él,
que en su vida tuvo más de dos canicas y un indio piel roja,
sino por Crescia que lo decía con un cierto retintín de mofa
porque pensaba que se tenía por el único descendiente del
abuelo digno de ser designado depositario de su legado. Pero
no era así; el legado del abuelo - tirando ahora del cajón
y arrástrándolo desde el hueco de la escalera al recinto va
cío que fuera salita de juegos lo recordaba bien - le per
te
ne
cía sólo en la medida, él lo sabía, en que era el nombre
suyo el que figuraba escrito en el envoltorio atado con cu
er
das que retiramos de Correos y que, en carta aparte escrita
con la letra picuda del abuelo, fue elegido "porque sé que
el mayor de mis nietos se llama como yo y aunque noticias me
han ido llegando de que tengo más no conozco los nombres;
pero repártelo". Y lo había intentado sin el menor éxito; so
lo en un principio y, luego, con la ayuda desinteresada de
los hermanos y hermanas aunque no secundados por los res
pec
tivos consortes que fueron invitados a "no meter las narices
en esto" y, aun sin ganas, se abstuvieron.

Se abstuvieron de meter las narices - los esposos y es
posas - nada más en la estricta acepción retórica del meter
narices, no privando empero a sus apéndices nasales de olfa
tear en el interior intrigados por qué habría para salir tras
la inspección desalentados ni ocultando - ellos - el des
en
can
to subsiguiente a "¡caramba, pero si aquí no hay nada!" refle
jado en sus ojos tan abiertos ni refrenando sus lenguas por
que no pronunciaran sentencias peregrinas tales como "os han
tomado el pelo".

Pero se abstuvieron, sin embargo, y nosotros nos pusimos
manos a la obra sin saber que estábamos cumpliendo lo que se
revelaría como "la última voluntad del abuelo" si bien esto
habría de tardar una enormidad de tiempo en descubrirse; tiem
po que nosotros utilizamos en aunar esfuerzos tan denodados
que todos los que pasaban por nuestro lado decían que era inne